

UNO O DOS DESTINOS SUDAMERICANOS
(FICCIÓN Y REALIDAD EN “AVELINO ARREDONDO”)

POR

PABLO ROCCA
Universidad de la República, Uruguay

¿REPETICIONES, SIMETRÍAS, VARIANTES?

“*Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías*”, escribe Borges en un pequeño texto de *El Hacedor* (“La trama”, 1960). Algo de eso se cumple con un atentado político que se parece mucho a aquel que conmovió al mundo el 22 de noviembre de 1963, en el que el presidente Kennedy perdiera la vida en una calle próxima a la plaza Dealey, en la sureña Dallas. El 25 de agosto de 1897 otro presidente, pero este uruguayo, fue asesinado en circunstancias similares cuando atravesaba una calle lateral a la montevideana Plaza Matriz.

A la salida de un *Te Deum* celebrado en plena guerra civil, el Presidente Juan Idiarte Borda caminaba por la calle Sarandí junto a sus ministros y al Arzobispo Mariano Soler, protegidos por su guardia personal. Desde la acera opuesta a la plaza, observaba la comitiva un público numeroso. En 1920, el cronista finisecular Domingo González, testigo de los hechos, recordó:

El fotógrafo Fitz Patrick, desde lo alto de la azotea del Cabildo, sacó una instantánea del cortejo oficial “medio minuto” antes del asesinato, en cuya fotografía [...] aparece estampada la hora precisa de las dos y cuarenta que marcaba el reloj de la [Iglesia] Matriz. (Licenciado Peralta 128).

El país estaba convulsionado por la insurrección encabezada por Aparicio Saravia, y la guerra civil pasaba los cinco meses de existencia sin que se insinuara perspectiva alguna de paz. Idiarte Borda, un típico representante de la intransigencia del coloradismo «colectivista» y despótico (algo que ni siquiera sus hijas ocultan en su devoto e importante libro (Idiarte Borda)), quería aniquilar a sus adversarios. Las múltiples fuerzas políticas y sociales que se oponían a su gobierno, veían en el Presidente al obstáculo principal para garantizar “el derecho del sufragio, que es el derecho político primordial, y cuyo uso legítimo aseguraría para siempre la paz interior”, según establecieron los blancos insurrectos en la séptima cláusula de las propuestas de paz del 16 de julio de aquel año sangriento (Pivel Devoto 370). En ese mismo documento se afirmaba que era necesaria la remoción inmediata del jefe de Estado y se indicaba que tenía que ser sustituido provisoriamente por el respetado doctor José Pedro Ramírez, jefe del ínfimo Partido Constitucional. Dos días antes del

crimen, el 23 de agosto, había cesado toda tratativa de pacificación sin que se llegara a un acuerdo. La guerra debía continuar. En lo inmediato la paz, y a la larga el propio sistema de equidad electoral precisó, como señala Juan E. Pivel Devoto, de “una revolución y un terrible crimen político, para que ella quedase cimentada” (370).

Pero la muerte de Idiarte Borda tiene otras causas por cierto distintas a las de la muerte de John F. Kennedy. No estuvo detrás del atentado uruguayo, como se ha supuesto en el caso de este último, ni una Central de Inteligencia ni una mafia de la droga ni una potencia extranjera enemiga y, desde luego, ninguna actriz deslumbrante participó directa o indirectamente como chivo expiatorio. Pero en aquella pequeña y tumultuosa esquina sudamericana, parece claro que también hubo una confluencia de intereses que tramaron un complot con el que se modificó el destino del país. El caso, por cierto apasionante, aún no ha sido estudiado con la seriedad debida, ya que durante décadas el alineamiento partidista contagió el discurso de los historiadores afines a las divisas tradicionales. Y, en la última década, los historiadores uruguayos se han olvidado o han abandonado la historia política del siglo XIX, tratando de ponerse al día con otras urgencias u otras agendas presuntamente más al día.

No hay filmes que recuerden la muerte de Idiarte Borda, como los muchos que insisten sobre su lejano “sucesor”, así el más reciente *JFK*, de Oliver Stone. Borda no ingresó en ese circuito de producción porque, después de todo, fue uruguayo y sólo con eso se aseguró una segunda muerte, esa que concierne a la cultura de la imagen. Sin embargo, puede que en este territorio alguna vez su suerte no sea del todo desalentadora, porque el episodio y el asesino constituyen una verdadera obsesión en los textos de Jorge Luis Borges.

Claro que habrá que probar si la acreditación referencial tiene alguna relevancia o si, como se ha dicho tantas veces, en la poética de Borges sólo cuenta el anacronismo deliberado y la atribución apócrifa. Si como hace décadas pensaba Galvano Della Volpe y lo ampliaba, reafirmando, Juan Fló, la especificidad de lo literario estriba en “la contextualización orgánica del discurso y su polisemia”, si la “significación específicamente literaria consiste en permitir un re-conocimiento ilusorio de la experiencia subjetiva, global, que no existe como tal si no es precisamente en tanto organizada, informada y eventualmente comunicada” (Fló, “Notas” 37)¹ finalmente habrá que concordar en que “no parece [...] que el tema de la relación de la literatura con la realidad pase por la consideración de la existencia del referente” (Fló, *La referencialidad* 125). En todo caso, aquí se tratará de hacer una operación que acerque y, a la vez, distancie, el referente del texto, que de algún modo lo rectifica sin perderlo de vista pero que, de todos modos, lo modifica y por lo tanto lo complejiza y reinventa.

DEL CRIMEN Y SUS CONSECUENCIAS

Sólo la dictadura militar que feneció en 1984 le disputa a la administración de Idiarte Borda el dudoso récord de gozar de impopularidad y desprestigio en tantos niveles sociales y de opinión. Según Eduardo Acevedo las “clases conservadoras” (el alto comercio, la

¹ Sobre las peculiaridades del discurso poético según Galvano Della Volpe, véase su *Crítica del gusto*, 114 y ss.

incipiente industria, los terratenientes) se oponían a Borda porque la prolongación de la guerra, a la que el presidente no daba solución, lesionaba sus intereses. Su irritable y empecinada permanencia podía perpetuar las discordias y, en consecuencia, los daños eran especialmente gravosos para los propietarios rurales. Por otra parte, es legítima la suposición de que alguna medida nacionalizadora —como la creación del Banco de la República—, no agradara del todo a la banca extranjera y acreedora del Estado uruguayo en cifras multimillonarias.

El Partido Nacional rechazaba al Presidente, ya que lo veía como una cabal expresión de la política colorada que lo había marginado del gobierno desde hacía medio siglo, limitando su lugar al control legislativo en franca minoría, ejerciendo una y otra vez el fraude electoral en desmedro de sus intereses. Por eso la mayor parte de los seguidores de la divisa blanca se habían levantado en armas. Las clases populares, aún sin organizaciones fuertes que las defendieran, sintieron un perjuicio cada vez mayor en sus condiciones de vida, que durante la guerra se acrecentaba con la leva y su nada atractiva oferta de una “muerte en las cuchillas”, según reza el lugar común. Un nuevo y creciente sector del Partido Colorado, que tenía su jefe en el joven José Batlle y Ordóñez, se oponía también al Bordismo en la pugna interna por el mando, además de manifestar diferencias generacionales y doctrinarias. También le negaba su apoyo el Partido Constitucional, de pequeña incidencia electoral pero con miembros respetados y vinculados a las finanzas, el comercio y el periodismo selecto. Le quedaba al gobierno la adhesión de los jirones del alicaído tronco gubernista que comandaba Julio Herrera y Obes, el respaldo de fuertes sectores del ejército y las sólidas vinculaciones con la Iglesia, quizá el único punto de apoyo firme, algo que debió auspiciar la animosidad de la poderosa masonería oriental.

Idiarte Borda era, en suma, un sobreviviente de un país que ya no existía en medio de una nueva realidad que no podía comprender; era un anacronismo molesto cuya desaparición favorecía un extraño cruce de voluntades, como nunca antes se había dado en la turbulenta historia nacional. A mediados de abril de 1897, el estudiante Juan Antonio Ravecca intentó ejecutar ese proyecto colectivo colocando un revólver en el cuello del repudiado Presidente. El arma no estaba en condiciones y falló. Con su acto de osadía, Ravecca sólo logró el fracaso y la cárcel. Hubo que esperar al 25 de agosto de ese año para que se concluyera con la vida del primer mandatario y, sobre todo, para que se confinara al patriciado del poder político.

Horas antes que se produjera el crimen, Batlle y Ordóñez escribió un violento editorial en su diario *El Día* sobre la política del gobierno. Por esta razón, las hijas de Borda lo acusan de encubridor e instigador del asesinato, quienes apuntan, además, que el futuro presidente presionó a los jueces para que absolvieran al inculpado. Las hijas del extinto Presidente afirman, además, que Batlle visitó al asesino en la cárcel y que una vez que Arredondo fue liberado, en agosto de 1902, el influyente político lo hizo emplear en la Aduana. Sabemos por testimonio de un familiar directo de Arredondo que ese puesto fue heredado por el hijo del magnicida, quien llegó a ser subdirector en tal dependencia del Estado, pero no pudimos verificar nada porque en la década del veinte los archivos de la Aduana de Montevideo fueron devorados por un incendio.

BORGES, LOS HECHOS Y LA FICCIÓN

Borges, que estaba ligado a Uruguay por múltiples vínculos familiares, no era precisamente un especialista en historia de este país. Puede sorprender, en consecuencia, que hacia 1971 en su ancianidad y ya con más de un decenio de completa ceguera, escribiera el cuento “Avelino Arredondo” en el que lucen detalles mínimos sobre el episodio antes referido. El origen de ese conocimiento, digámoslo sin dilaciones, está claro: supo los detalles del asesinato del presidente uruguayo porque Luis Melián Lafinur, su admirado “tío” oriental —así lo llamaba, aunque en rigor era tío abuelo segundo— fue nada menos que el abogado defensor de Avelino Arredondo y fue un hombre importante en la formación de Borges.

Como su “sobrino”, Melián admiraba las letras anglosajonas; como aquél era poeta y odiaba a José G. Artigas, a Rosas y a todos los caudillos de raíz federal. Como Borges, su padre y su abuelo, también cuando Melián Lafinur llegó a la madurez padeció la ceguera. Este abogado, político y escritor fue el responsable de un agresivo folleto publicado unos días después del suceso sangriento del '97, en el que abominaba de la “presidencia grotesca de Juan Idiarte Borda [...] [plena de] fraudes electorales, subvenciones de teatros, abuso de eventuales, emisiones de deuda y demás desórdenes y vergüenzas” (*Charla menuda* 21).

Es evidente que Borges supo esta historia de boca del notable pariente uruguayo, muerto en 1939 cuando su “sobrino” ya había cumplido los cuarenta años. Los dos compartían muchas pasiones familiares, no pocas afinidades culturales y un diálogo fluido que se consolidó en los últimos años de la vida de Melián, cuando este residió en Buenos Aires. Borges recordó a su pariente en varias entrevistas y hasta en algunos textos literarios. Entre ellos, el más revelador resulta el poema “Qué será del caminante fatigado ...”, una de sus últimas creaciones. En ella especula sobre el sitio en que va a morir:

¿En cuál de mis ciudades moriré?
 ¿En Ginebra donde recibí la revelación,
 no de Calvino ciertamente, sino de Virgilio
 y de Tácito?
 ¿En Montevideo, donde Luis Melián
 Lafinur, ciego y cargado de años, murió
 entre los archivos de esa imparcial
 historia del Uruguay que no escribió
 nunca? (Borges, *Revista Multicolor* 17)

Al margen de que ninguna historia puede ser muy imparcial y menos si la hubiera redactado Melián Lafinur —como lo prueba su libro sobre Juan Carlos Gómez a quien pone varios pies por encima de Artigas, “bárbaro que gobernó como ‘monarca absoluto’ o como ‘cacique indio’” (Melián Lafinur, *Semblanzas*)—, pese a esta candorosa y cálida afirmación, es probable que Borges haya conversado a gusto con su “tío” oriental sobre cuestiones y categorías históricas rioplatenses y, también, sobre el enigmático crimen. Es posible, incluso, que las ideas y categorías históricas de Borges deban más de lo sospechado (y jamás estudiado) a las de Melián, quien a su vez mucho le debía a Sarmiento.

Quizá Borges llegó a leer los dos delgados folletos del brillante y erudito alegato en defensa del reo, que Melián Lafinur publicó con el título *Causa política de Avelino Arredondo* (Montevideo, 1898). Una leve comparación entre los ejemplos históricos de los crímenes políticos empleados por el jurista uruguayo y el narrador argentino, así como ciertas palabras de los discursos de Arredondo, sacarán de dudas a cualquier interesado. Corresponde empezar por el final, por el desenlace del cuento incluido en *El libro de arena* (1975):

[...] No habían dado las tres cuando [Arredondo] arribó a la Plaza Matriz. El Te Deum ya había concluido; un grupo de caballeros, de militares y de prelados, bajaba por las lentas gradas del templo. [...] Arredondo, que no sentía miedo, sintió una suerte de respeto. Preguntó cuál era el presidente. Le contestaron:
—Ese que va al lado del arzobispo con la mitra y el báculo.
Sacó el revólver e hizo fuego.
Idiarte Borda dio unos pasos, cayó de bruces y dijo claramente: Estoy muerto.
Arredondo se entregó a las autoridades. Después declararía:
—Soy colorado y lo digo con todo orgullo. He dado muerte al Presidente, que traicionaba y mancillaba a nuestro partido. Rompí con los amigos y con la novia, para no complicarlos; no miré diarios para que nadie pueda decir que me han incitado. Este acto de justicia me pertenece. Ahora que me juzguen.
Así habrán ocurrido los hechos, aunque de un modo más complejo; así puedo soñar que ocurrieron (Borges, *Prosa Completa* 527)

La única vez en que el narrador abandona la tercera persona, el consiguiente distanciamiento de los hechos referidos, y asume la primera persona, concurre en el brevísimo párrafo final, pero lo hace para problematizar y aun para desmontar todo el aparato realista expuesto minuciosamente en el cuento. El uso del futuro perfecto (“así habrán ocurrido los hechos”) provoca un brusco giro que instala la certeza sobre los hechos a la vez que deja cierto margen de duda sobre la posibilidad del cumplimiento de los mismos. Esta situación todavía se complica más con las dos frases subsiguientes en las que el sujeto de primera persona —identificado plenamente con el dueño del discurso— modifica, e impone, una dimensión otra: “aunque de un modo más complejo; así puedo soñar que ocurrieron”. Dicho de otra manera: 1) la ficción es algo más complejo que la mera serie de acontecimientos “reales”, idea que Borges ya había propuesto en su ensayo clave “La postulación de la realidad”, de 1931, y que no se cansaría de repetir; 2) el sueño sustituye y hasta modifica la realidad el sueño es, en último término, un semioculto sinónimo del acto ficcional.

Borges cree que los hechos “son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento”. Por eso, en esta comunicación se buscará ante un texto específico y sus ramificaciones, la “expresión de la realidad en Borges”, para invertir una vez más el título del clásico libro de Ana María Barrenechea.

Sea como sea, la historia de Arredondo casi no fue “soñada”. Al revés, representa una suerte de semicrónica, si se descartan las porciones del relato que tienen que ver con la peripecia interior del protagonista: la reunión de los sábados entre los amigos en el Café del Globo, la treta del falso viaje de Arredondo a Mercedes, las alusiones a Clara (la siempre

ausente novia del estoico futuro magnicida), la invención de Clementina (la sirvienta) y ciertos arquetípicos recursos borgianos, como el ejercicio de lectura de algunos pasajes de la *Biblia* en el cautiverio del protagonista y la comparación de su tiempo con el de un sapo que lo sitúa frente a las sensaciones de infinito y de vértigo. Lo demás es historia pura en un sentido fáctico y aun topológico, como lo prueban las referencias a las ciudades de Mercedes y Fray Bentos, el Cerro y las calles de Montevideo, una historia pura que, en el peor de los casos, funciona al servicio de un par de obsesiones convergentes: la justicia y el destino individual.

En algún otro cuento —como “La otra muerte”, de *El Aleph*— y en varios poemas, Borges mencionó al jefe de la insurrección blanca, Aparicio Saravia. En uno de esos poemas, “El Pasado” (de *El oro de los tigres*, 1972), manifestó su emoción por el acto de quien comete un crimen para redimir a los suyos:

Y he de escribir un libro que sea de todos;
Arredondo, que mata a Idiarte Borda
En la mañana de Montevideo
Y se da a la Justicia, declarando
Que ha obrado solo y que no tiene cómplices; [...]

Antes, entre sus “Fragmentos de un evangelio apócrifo”, (de *Elogio de la sombra*, 1969), puede leerse la siguiente sentencia: “El que matare por la causa de la justicia, o por la causa que él cree justa, no tiene culpa”. Tomando en cuenta estas menciones parece inevitable que Borges fuera seducido por el ejemplo de Arredondo y por su causa, la misma que lo llevaría a trazar un paralelismo entre Borda y su odiado Juan Manuel de Rosas, la que también reforzaría una vez más su visión individualista en cuanto a que sólo es posible la redención por obra de un sujeto individual activo y no mediante procesos colectivos.

El cuento respeta estrictamente la cronología. Ya Daniel Balderston hizo notar en su examen de “El milagro secreto”, que en Borges la historicidad específica en un discurso literario permite

dos interpretaciones incompatibles: que [los detalles históricos reconocibles] constituyen ‘datum points’ (puntos de información) o ‘efectos de realidad’ (los términos son de John Sturrock y Roland Barthes), utilizados para crear verosimilitud textual (dentro del sistema del texto), o que están allí para referirse a una realidad extratextual que a su vez estructura el relato (Balderston 17).

El ejemplo de “Avelino Arredondo” funciona con firmeza en la segunda opción, es decir en la que “el interés de los cuentos aumenta considerablemente gracias a elementos históricos y políticos que luego pueden colocarse en contrapunto con los otros” (Balderston 17). Porque Borges no sólo ubica el crimen del jerarca uruguayo el exacto día en que ocurrió, el 25 de agosto de 1897, fecha en que se celebra el aniversario de la independencia, sino que llega al extremo de aportar algunos datos aparentemente triviales que, en rigor, dan pleno sentido a la acción. Véase: la guerra civil se inició con el alzamiento de Saravia el 5 de marzo de aquel año y casi dos meses y medio después, el 14 de mayo, ocurrió la batalla de Cerros Blancos. En el tercer párrafo del relato, hay una anotación que importa recordar:

Poco después de la batalla de Cerros Blancos, Arredondo dijo a los compañeros que no lo verían por un tiempo, ya que tenía que irse a Mercedes. La noticia no inquietó a nadie. Alguien le dijo que tuviera cuidado con el gauchaje de Aparicio Saravia; Arredondo respondió, con una sonrisa, que no les tenía miedo a los blancos (Borges, *Prosa Completa* 524).

De esta forma, se notifica indirectamente que Arredondo es colorado. Y a partir de este párrafo puede concluirse que la autorreclusión del joven en su casa transcurre durante un trimestre: entre mediados de mayo (“poco después de la Batalla de Cerros Blancos”, ocurrida el 14 de ese mes) y la mañana del 25 de agosto, cuando el joven disparó contra Idiarte Borda.² Borges no sólo respeta la lógica del tiempo y de los hechos, llega a recrear dos episodios que entran en perfecta sintonía con sus invenciones precedentes, a los que, en rigor, cualquiera de sus lectores sin la menor vacilación podría considerar como si fueren creaciones suyas. El primero de estos episodios es el de los soldados que acribillan a balazos al fonógrafo del diario *La Razón*, creyendo que la voz emitida por la máquina correspondía a la de una persona. El hecho está referido en el tomo V de los *Anales Históricos del Uruguay* (1930), de Eduardo Acevedo. El segundo, compromete al crimen en sí y contiene una minucia interesante. Se trata de las casi tautológicas palabras postreras del presidente: “*Estoy muerto*”. Esta frase, como se verá, consta en el parte policial redactado a pocas horas del crimen.

Al tiempo que hay una fidelidad al *factum*, también en “Avelino Arredondo” funciona la noción borgiana de historia como circularidad. Porque, de algún modo, Kennedy es Idiarte Borda, y aunque el ignorado asesino del presidente estadounidense no sea Arredondo los intereses que están detrás del que dispara en una y otra ocasión siguen siendo —para el discurso de la historia— ocultos y oscuros.

Pero hay más. Según las hijas de Idiarte Borda, en el momento del crimen Arredondo era un veinteañero analfabeto que sólo aprendió a leer y escribir en prisión. Era un desocupado desde el 1º de febrero del '97, fecha en la que había dejado de trabajar en el almacén de la calle Misiones esquina Reconquista donde se desempeñaba con el modesto cargo de “dependiente”. Otras versiones han desmentido el analfabetismo del matador. Los artículos periodísticos de la época señalan que durante el transcurso del juicio el joven insistió sobre el aislamiento que mantuvo durante meses (cuatro o cinco según las fuentes), sin contactos, sin cómplices de ninguna clase. Esta misma conducta es la que sigue el Arredondo de Borges, aunque en el cuento se lo identifica como estudiante de Derecho a fin de reforzar la verosimilitud legalista del discurso final ante los jueces.

En el juicio que conocemos a través del folleto de Melián Lafinur, Arredondo declaró que estaba orgulloso de ser colorado y “de haber librado a mi partido de quien usurpaba su representación en el gobierno”, argumentación nada usual en boca de un analfabeto del Novecientos o de la época que sea. Colorado, por supuesto, del grupo liderado por don José Batlle y Ordóñez. Para cotejar estas informaciones, en el cuento se dice que es “dependiente de una mercería de la calle Buenos Aires” y, como se recordara al principio, expresa casi

² Una cronología de la guerra civil de 1897 véase en Lockhart, 1969.

las mismas palabras que en folleto de Melián: “Soy colorado y lo digo con todo orgullo”, etcétera.

Claro que no hubiera sido necesario tener parentesco con el abogado del matador para enterarse de estos sucesos. Como cualquier curioso, Borges pudo encontrar las fuentes de estos hechos en el serio (y antibordista) tomo V de la mencionada obra de Eduardo Acevedo; o en el voluminoso libro escrito por las hijas del mandatario. No obstante, la pesquisa de nutridas coincidencias y detalles que del relato histórico pasaron a la ficción, se refuerza (o para honrar a la verdad, en mi caso se originó) con los fundamentales testimonios que aportara Emir Rodríguez Monegal, quien —digámoslo de paso— ignoró totalmente el vínculo de su Maestro con Melián Lafinur en relación al caso Arredondo y desconoció, también, la existencia del folleto mencionado. En el último de sus testimonios, publicado en el semanario montevidiano *Jaque*, cuenta Rodríguez Monegal:

Hacia 1971, visitando un día Buenos Aires, me encontré con Borges en La Recoleta [...], y nos pusimos a conversar sobre un cuento que pensaba escribir por entonces. Era la historia de Avelino Arredondo [...]. Me preguntó si me acordaba de las circunstancias precisas del crimen y tuve que admitir que, salvo las generalidades, no podía recordar lo que sin duda alguna vez había leído [...]. Le sugerí que fuéramos a la Biblioteca Nacional, de la que todavía era Director, para revisar un par de libros. Así lo hicimos, y pronto estábamos engolfados en la lectura de los Anales históricos del Uruguay, de Eduardo Acevedo, y en la biografía del Presidente por sus dos hijas. Allí leímos que el estudiante Arredondo (también llamado obrero y analfabeto en otras fuentes) había actuado por iniciativa propia, sin cómplices, e inspirado por el odio general al Presidente. Aquella época era tan inocente de iconografías que Arredondo nunca había visto una imagen de Idiarte Borda. [...] Estaba leyendo con todo entusiasmo cuando Borges me detuvo: “No lea más, sino no voy a poder inventar nada”. Años después, cuando leí el relato “Avelino Arredondo” [...] descubrí que Borges había desechado casi todos los detalles que tan dedicadamente le había leído en las fuentes históricas para concentrarse en la aventura interior del magnicida. (“La imaginación” 2)³

Contra la opinión de Rodríguez Monegal, como se ha tratado de demostrar aquí, casi todos los detalles de los relatos historiográficos son incorporados por Borges a la ficción. Ahora bien, en principio es cierto, como plantea el crítico uruguayo, que el narrador se concentra en la “aventura interior del magnicida”; es cierto que asigna la mayor porción de la diégesis a las prácticas de Arredondo durante la larga etapa de su encierro voluntario y

³ En el primero de sus testimonios Rodríguez Monegal dice: “La última vez que estuve con Borges en Buenos Aires (agosto 1971), lo acompañé en taxi a la Biblioteca Nacional de la que todavía era director. En el camino me hizo algunas preguntas sobre el asesinato del presidente uruguayo, Idiarte Borda, [...]. Yo recordaba mal la historia [...] Le sugerí que buscáramos en la biblioteca los Anales Históricos del Uruguay de Eduardo Acevedo, y la biografía del presidente por sus hijas. Así lo hicimos. Borges me pidió que le leyera algún párrafo, porque pensaba escribir un cuento sobre el tema [...] escuchaba con paciencia mi lectura y mis comentarios, hasta que en un determinado momento me dijo: Gracias, no me lea más sino no voy a poder inventar nada” (Rodríguez Monegal, “Borges: la traza” 27). Aunque parezca innecesario, corresponde plantear que este trabajo discrepa radicalmente con la visión de Rodríguez Monegal, para quien la imaginación de Borges parte de la realidad pero para deformarla. De hecho no pudo haber elegido peor ejemplo para exponer esa hipótesis de lectura.

atento a la fecha crucial. Desde esta perspectiva “Avelino Arredondo” prosigue la línea ya trazada en cuentos anteriores bajo otras estrategias narrativas, como en “La Espera”, en el que el falso Alejandro Villari aguarda en una pensión porteña la llegada de su oponente (y doble) quien terminará con su vida. El lector de “Avelino Arredondo” sabe tanto o más de las vacilaciones y las torturas interiores del personaje, de la perseverante edificación de una psicología para el cautiverio, de Clara o de los amigos de Avelino que del propio Borda, sus seguidores y el desarrollo de los episodios militares en el cruento 1897.

La realidad que, como los espejos, produce para Borges una “duplicación o multiplicación espectral” de las imágenes —tal como escribe en su relato “Los espejos velados” (*El Hacedor*)— puede tener un punto de partida, pero las miradas que se le dispensan sólo pueden conducirnos a un abismo. En este sentido es que se ha hablado últimamente de la obra borgeana como una anticipación del paradigma posmoderno del “fin de la historia”.

La elección de Arredondo y la decisión de no alterar casi nada de lo admitido como “real” en los textos historiográficos (salvo el pequeño error de llamar “presidente de la Nación” a Borda, cuando en el protocolo uruguayo siempre fue “presidente de la República”), ese proceso busca la puesta en crisis de la noción de realidad y aun de la noción de verdad. Lo mismo había hecho en relatos fantásticos (como “Tema del traidor y del héroe” o “La otra muerte”). No obstante, la audacia del cuento “Avelino Arredondo” consiste en que Borges se juega a la estrategia realista para desmontar la oposición entre ficción y realidad, para afirmar otra vez más una de sus metas literarias, tal como la caracterizó Jürgen Becker: “la conciencia de la poshistoria con el rechazo de toda originalidad: nada nuevo bajo el sol, ya todo ha acontecido” (Becker 148).

Sin embargo, hay una dimensión ética en la que Borges se sitúa simpatizando con Arredondo y sin que llegue a satanizar a su oponente, notifica los rasgos autoritarios y prepotentes que se encarnan en el conductor del Estado y desde él se dispersan hacia sus bienmandados. Como en el episodio de los soldados que atropellan a los parroquianos en un despacho de bebidas y, en particular, encaran con furia al propio Arredondo justo el único día que viola la “pena” de autorreclusión. En este sentido, Borges se religa con la ideología liberal que sustentaba Melián Lafinur, ensaya una aproximación sobre la noción de justicia humana —una de sus obsesiones— y, por último, se alinea con la interpretación que ha sellado la desgraciada suerte póstuma de Borda, la que no ha seguido el habitual trayecto consagratorio que, por ejemplo, respecto de John F. Kennedy ha tenido proporciones beatíficas dentro del discurso estatal y aun en el imaginario público dentro y, desde luego, bien lejos de los Estados Unidos.

Hasta la memoria oficial ha sido enteramente desafecta a Idiarte Borda, tanto que su desamparada imagen no ha alcanzado ninguna de las formas del monumento. Atravesado por tan peculiar olvido, si este presidente uruguayo algo ha representado para el recuerdo político, si alguna vez se ha recurrido a su nombre, ha sido para situarlo como ejemplo máximo del tirano. La gloria, “estrépito y ceniza” dice Borges en un poema, sigue siéndole esquiva. Inversamente, a quien le quitó la vida, con el paso del tiempo se lo ha evocado como al héroe trágico que, no reparando en daños propios, liberó a su pueblo. Cuando el presidente Gabriel Terra disolvió el Parlamento el 31 de marzo de 1933, el escritor y político opositor Justino Zavala Muniz pronunció en la última sesión de la Cámara de Diputados un violento

discurso contra la medida dictatorial y su autor; y concluyó invocando al teniente Ortiz (quien atentó el 17 de agosto de 1886 contra el dictador Santos) y a Avelino Arredondo. El mismo símil empleó el periodista y político nacionalista Ricardo Paseyro en su libro *1897. La conciencia revolucionaria de Indo-América. Borda y Terra*, quien personificó en Arredondo “la salud física y espiritual” de la sociedad uruguaya.

En “Avelino Arredondo” Borges deja suficientes cabos sueltos como para que el receptor pueda deducir la sospecha de un complot, otros hilos detrás de la mano homicida, otras manos moviendo el dedo que presionó el gatillo. Con el auxilio del paratexto epilogar a *El libro de arena* afloran indicios complementarios para la ficción y, sobre todo, hay que destacar que Borges redactó esas breves líneas movido por el imperativo personal de emitir un juicio sobre el álgido asunto del crimen político. Para eso recurrió a ejemplos históricos y literarios de crímenes asumidos por individuos que redimen a todos, fiel a que la historia la construyen los individuos y no los procesos colectivos, según puede verse con abundancia en “Guayaquil” (de *El Informe de Brodie*, 1970) o en *Historia Universal de la Infamia* (1935), en particular en el relato “El atroz redentor Lazarus Morell”.

Los ejemplos de Borges son los mismos que había utilizado Melián Lafinur en la defensa de Arredondo: John Felton, Charlotte Corday, un apotegma del antirrosista José Rivera Indarte, un verso del Himno Nacional Uruguayo que hace mucho fue suprimido del texto oficial. Cualquiera de estos casos y citas son lo suficientemente conocidos en el Río de la Plata, pero no deja de llamar la atención que, entre tantos otros, Melián los hubiera empleado en el juicio. Borges escribió en su Epílogo:

Pese a John Felton, a Charlotte Corday, a la conocida opinión de Rivera Indarte (“Es acción santa matar a Rosas”) y al Himno Nacional Uruguayo (“Si tiranos, de Bruto el puñal”) no apruebo el asesinato político. Sea lo que fuere, los lectores del solitario crimen de Arredondo querrán saber el fin. Luis Melián Lafinur pidió su absolución, pero los jueces Carlos Fein y Cristóbal Salvañac lo condenaron a un mes de reclusión celular y a cinco años de cárcel. Una de las calles de Montevideo lleva ahora su nombre. (Borges, *Prosa Completa* 537)

En rigor, ninguna calle montevideana lleva su nombre, tampoco Idiarte Borda figura en el nomenclator de Montevideo, tratándose del único presidente constitucional al que no se le ha rendido ese homenaje. La errónea información de Borges en su breve epílogo, contiene tal vez algo de tramposo efecto.

Y aunque el nombre de Arredondo no luce en ninguna calle de ningún centro urbano del país, igual se anduvo cerca. El 11 de marzo de 1931, tal como lo documentan las hijas de Idiarte Borda, poco tiempo después de la muerte de Arredondo, “César Batlle Pacheco, que desempeñaba la Presidencia del Consejo de Administración Departamental, [...] presentó un proyecto para que se designara a una calle de Montevideo con el nombre de Arredondo”. Rápidamente las hijas del despreciado presidente publicaron en el diario *La Mañana* una carta advirtiendo sobre una decisión “indigna de nuestra cultura”, “reñida con los principios de moral que sustentan todas las sociedades”. La Comisión de Legislación denegó el pedido el 24 de abril, aunque uno de sus miembros, el historiador José Salgado, votó a favor de la solicitud que bajaba del Consejo.

Esta es la diferencia sustancial que separa a Borda de Kennedy. Unos instantes después de que fuera herido el mandatario uruguayo se supo quién le había disparado. Así lo comunicó el parte policial firmado por Gregorio Sánchez, Jefe de Policía de Montevideo:

[...] Hoy a las 2 y 50 p.m. [sic] al retirarse de la Catedral, S.E. el Señor Presidente de la República con el séquito que lo había acompañado [...] el individuo Avelino Arredondo, disparó un balazo de revólver sobre el señor Presidente, causándole una herida mortal. [...] El criminal estaba apostado en la vereda entre un grupo de personas, y ni él ni los demás ofrecían la menor sospecha.[...] El Excmo. señor Arzobispo, que marchaba [al lado del Presidente le] dió [...] la Absolución y escuchó sus últimas palabras que fueron: “Estoy muerto”... (Celia y María Ester Idiarte Borda 462-463)

Una vez liberado, las tres décadas de vida que Arredondo tuvo por delante transcurrieron pacíficamente en el anonimato. Su nombre volvió al primer plano el 9 de marzo de 1931. Una nota aparecida en el diario *El Plata* anunció su muerte, ocurrida “en el día de ayer”. Revisando el hecho con el que entró en la historia, en esa reseña se exhumaba un aspecto que salió a luz en el proceso, pero que no tuvo mucha publicidad, algo que los historiadores y las crónicas parciales han extraviado por completo:

Arredondo fue absuelto en dos instancias, por lo cual se le puso en libertad al terminar el proceso [...] La absolución fue debida al talento del defensor de Arredondo, doctor Luis Melián Lafinur, quien basó fundamentalmente su defensa en la circunstancia de no estar probado que la bala de aquél causara la muerte del Presidente Idiarte Borda. Por rara improvisación se había omitido la autopsia del cadáver. Se ignoran, de consiguiente, las lesiones que había producido la bala. (Sin firma 5)

Ahora sólo se podrían exhumar los restos del cadáver para cotejar el calibre de la cápsula con el de la pistola que empuñó Arredondo, actualmente en el Museo Histórico Nacional. Pero antes habrá que encontrar a los interesados en reivindicar la infortunada memoria de este maldito de la política uruguaya. Porque, como escribe Borges en “Historia del guerrero y de la cautiva”, la tradición “es obra del olvido y de la memoria”. Y así como en “El Sur” Juan Dahlmann abre un ejemplar de *Las Mil y Una Noches* para “tapar la realidad”, es decir para ejercer el simulacro de que no existen las provocaciones con que lo agreden los peones en un viejo almacén de campaña, con “Avelino Arredondo” Borges mostró una vez más, como dice en aquel cuento, que “a la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1930.
- Balderston, Daniel. *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. [1993]. (Traducción del autor). Rosario: Beatriz Viterbo Editorial, 1996.
- Barrenechea, Ana María. *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*. [1957]. Buenos Aires: Paidós, 1967.

- Becker, Jürgen. "Jauss y Borges: sobre las relaciones entre la estética de la recepción y el posmodernismo". *Nuevo Texto Crítico* 6 (1990): 147-154.
- Borges, Jorge Luis. *Prosa Completa*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- _____. *Obra poética, 1923-1976*. Buenos Aires: Emecé, 1977.
- _____. *Borges en Revista Multicolor*. Irma Zangara, ed. Buenos Aires: Atlántida, 1995.
- Della Volpe, Galvano. *Crítica del gusto*. [1963]. (Traducción de Manuel Sacristán). Barcelona: Seix Barral, 1966.
- Fló, Juan. "Notas para la teoría marxista de la literatura". *Praxis* 1 (Montevideo, diciembre 1967): 36-61.
- _____. "La referencialidad específica de la literatura o la caza del Snark". *Papeles de Montevideo* 1 (Montevideo 1997): 121-40.
- Idiarte Borda, Celia y María Ester Idiarte Borda. *Juan Idiarte Borda. Su vida-su obra*. Buenos Aires: Impr. López, 1939.
- Licenciado Peralta (seud. de Domingo González). "Juegos malabares". *Resonancias del pasado*. Montevideo: Impr. El Siglo Ilustrado, 1920. 151-178.
- Lockhart, Washington. *Aparicio Saravia: el fin de las guerras civiles*. Enciclopedia Uruguaya, 30. Montevideo: Editores Reunidos, 1969.
- Melián Lafinur, Luis. *Charla menuda*. Montevideo: s/e, 1897.
- _____. *Causa política de Avelino Arredondo*. Montevideo: s/e, 1898.
- _____. *Semblanzas del pasado*. Juan Carlos Gómez. Montevideo: "El Anticuario", de Brignole y Cía, 1915. 294-413.
- Paseyro, Ricardo. 1897. *La conciencia revolucionaria de Indo-América*. Borda y Terra. Montevideo, 1936.
- Pivel Devoto, Juan E. y Alcira Ranieri de Pivel. *Historia de la República Oriental del Uruguay [1830-1930]*. 3ª ed. Montevideo: Medina, 1966.
- Rodríguez Monegal, Emir. "Borges: la traza de la novela" [Reseña de *El libro de arena*]. *Plural* V/1 (México 1975): 27-28.
- _____. "La imaginación de Borges". *Jaque* (Montevideo, 9 de noviembre de 1984): 2.
- Sin firma. "Ayer falleció Avelino Arredondo". *El Plata* (Montevideo, 9 de marzo de 1931): 5.